



JUN 2006

n° 1 R

vol. 1 de 2

colección LOVECRAFT ARTESANADO

la estela de
LOVEH-KERAPT

PRESENTA:

AL CUBOIR

Un relato colectivo por:

Henry Armitage

Dogon

Albert Wilmarth

Joseph Curwen

Lady Margaret

Trevor

Iranon de Aira I

Abdul Alhazred

He-Who-Must-Not-

Be-Named

Lavinia Whateley

Kryshul D'Naihotep

Ludwig Prinn



NUEVA LOGIA



DEL TENTÁCULO

COLECCIÓN
LOVECRAFT
ARTESANADO



AL - CUHUIR

Relato colectivo de:

Henry Armitage
Dogon
Albert Wilmath
Joseph Curwen
Lady Margaret Trevor
Iranon de Aira I
Abdul Alhazred
He-Who-Must-Not-Be-Named
Lavinia Whateley
Kryshul D'Naihotep
Albert Wilmarth
Ludwig Prinn

VOLÚMEN 1 DE 2

NUEVA LOGIA



DEL TENTÁCULO

Colección Lovecraft Artesanado/La Estela de Luvéh-Kerapt, n.º 1

c Henry Armitage, Dogon, Albert Wilmath, Joseph Curwen, Lady Margaret Trevor, Iranon de Aira I, Abdul Alhazred, He-Who-Must-Not-Be-Named, Lavinia Whateley, Kryshul D'Naihotep, Albert Wilmath y Ludwig Prinn.

Diseño de colección e ilustraciones de Ebenezer Holt.

Junio 2006

ÍNDICE

<p>I Henry Armitage</p> <p>II Dogon</p> <p>III Albert Wilmarth</p> <p>IV Joseph Curwen</p> <p>V Lady Margaret Trevor</p> <p><i>Vb</i> Versión Iranon de Aira I</p> <p>VI Abdul Alhazred</p> <p>VII He-Who-Must -Not-Be-Named</p> <p>VIII Lavinia Whateley</p> <p>IX Henry Armitage</p> <p>X Joseph Curwen</p> <p>XI Kryshul D'Naihotep La Historia de Kryshul D'Naihotep</p> <p>XII Albert Wilmarth</p> <p>XIII He-Who-Must -Not-Be-Named</p> <p>XIV Joseph Curwen</p> <p>XV He-Who-Must -Not-Be-Named</p> <p>XVI Kryshul D'Naihotep</p> <p>XVII Lady Margaret Trevor</p> <p>XVIII Dogon</p> <p>XIX Lavinia Whateley</p> <p>XX Joseph Curwen</p> <p>XXI He-Who-Must -Not-Be-Named</p> <p>XXII Henry Armitage</p> <p>XXIII He-Who-Must</p>	<p style="text-align: center;">-Not-Be-Named</p> <p>XXIV Kryshul D'Naihotep</p> <p>XXV He-Who-Must -Not-Be-Named</p> <p>XXVI Lady Margaret Trevor</p> <p><i>XXVIIb</i> Versión Iranon de Aira II</p> <p>XXVII Joseph Curwen</p> <p>XXVIII Kryshul D'Naihotep</p> <p>XXIX He-Who-Must -Not-Be-Named</p> <p>XXX Ludwig Prinn</p> <p>XXXI Henry Armitage</p> <p>XXXII Joseph Curwen</p> <p>XXXIII He-Who-Must -Not-Be-Named</p> <p>XXXIV Lavinia Whateley</p> <p>XXXV Kryshul D'Naihotep</p> <p>XXXVI He-Who-Must -Not-Be-Named</p> <p>XXXVII Joseph Curwen</p> <p>XXXVIII Henry Armitage</p> <p>XXXIX He-Who-Must -Not-Be-Named</p> <p>XL Lavinia Whateley</p> <p>XLI Kryshul D'Naihotep</p> <p>XLII Ludwig Prinn</p> <p>XLIII He-Who-Must -Not-Be-Named</p> <p>XLIV Kryshul D'Naihotep</p>
---	---



I

Casi me abrasaba en la mano ese objeto tan extraño, que Lord Curwen me trajo de El Cairo y que ahora llevábamos con mucho sigilo al Departamento de Lenguas Semíticas, en la Universidad de Miskatonic. Era una especie de amuleto de un metal indefinido de color verdoso y que emitía una extraña radiación. Se trataba de una figurilla que representaba el cuerpo rechoncho de un faraón acabado en una cabeza monstruosa con tentáculos que recordaba El Kraken ancestral de las antiguas leyendas escandinavas.

Entramos en el despacho de Don Gonzalo, Barón Dogon de Darkestshire, donde nos recibió un hombre que carecía del hieratismo de las pequeñas esculturas arcaicas del Antiguo Egipto y que caracteriza al porte de las personas de su rancio abolengo. Su afabilidad era extrema y solía intercalar en su erudita conversación alguna expresión en lunfardo, que siempre la acompañaba de una sonora carcajada junto con una traducción casi simultánea.

De repente, todo cambió cuando tuvo el amuleto entre sus manos, ya que su mirada se fue cargando de un pavor reverencial, que acabó congelando las pocas palabras que pudieron salir de sus labios.

II

No quise tomar el objeto que el Dr. Armitage me tendía. Era como si algo superior a mis fuerzas me lo impidiera, un conocimiento oscuro sobre lo que ese amuleto representaba que me llevaba a rehusar tan siquiera a contemplarlo.

- ¿Qué ocurre, Don Gonzalo?

- Usted sabe bien lo que ocurre, Dr. Armitage. Ese amuleto es portador de cosas que debiéramos dejar tranquilas y alejarnos de ellas lo más posible.

- Pero es importante que sepamos su origen, sólo así podremos enfrentarnos a ésto.

- Puede ser, pero preferiría que se deshaga cuanto antes de esa pieza... Es maligna.

En cuanto llegué a casa, algo oscuro me obligó a llamar por teléfono.

- Escúcheme, Armitage. Lo he estado pensando mejor. Lo ayudaré con eso del amuleto, pero le recomiendo el más extremo de los cuidados. Ud. ya conoce el Necronomicón y lo que allí dice el árabe loco acerca de ese objeto innombrable.

Decidimos vernos en la biblioteca de la universidad para tener el Necronomicón a mano y que nos sirviera de talismán protector.

- Bien. Lo veré en veinte minutos... Hasta entonces, tenga cuidado, Armitage, mucho cuidado...

Cuando colgué el aparato, le imaginé contemplando muy fijamente el extraño amuleto.

III

Se despidió de Don Gonzalo y en un silencio espeso, colgó el teléfono y guardó el amuleto en el bolsillo de su chaqueta. Quedó sentado tras su escritorio con semblante serio mientras miraba cómo me movía nerviosamente y esperando una orden suya.

Era tarde ya y los rayos del sol comenzaban a morir levemente. Al fondo podía divisar una gran avanzadilla de nubes, que amenazaban con tormenta.

- Vamos, Albert, no podemos llegar tarde a la cita.

Así que, sin más dilaciones subimos al coche negro como la noche y como todos los malos presagios que parecía traer.

Mientras conducía por la carretera, miré al Doctor Armitage por el espejo retrovisor. Miraba el extraño amuleto, que Don Gonzalo ni siquiera había querido tocar. Por increíble que pudiera parecer, pude apreciar que el amuleto tenía extraños símbolos grabados alrededor, muy similares a los empleados por los egipcios que basaban su escritura en jeroglíficos.

- No se preocupe, señor, seguro que Don Gonzalo le echará una mano. Además... Ud. sabe apañárselas por sí mismo e incluso podrá recurrir a otras amistades.

IV

Cuando yo, Joseph Curwen, ofrecí al Dr. Armitage el extraño objeto egipcio que, en mi último viaje que tuve que realizar a El Cairo por asuntos profesionales, conseguí en un puesto ambulante de compra-venta por unas cuantas monedas, sabía que algo extraño guardaba en su interior dicho objeto faraónico. Tuve este presentimiento nada más sujetarlo con mi mano derecha para aproximármelo a mis ojos, ya que aquel día me había dejado las gafas sobre la mesita de noche del hotel donde estaría alojado durante una semana.

Me sentí atraído por ese reflejo dorado verdoso que surgía de la figurita y su extraña forma, hasta ahora nunca vista, al menos por mis ojos. He de decir que aunque me atrae en gran manera el arte egipcio, no soy ningún experto en este ni mucho menos, pero aquella rara formación metálica y el interés del anciano vendedor porque me la quedara, consiguieron que, por cuatro monedas, casi me la regalase. Pensé en el Dr.

Armitage y en su amigo, Don Gonzalo, el Barón Dogon, experto en este tipo de artilugios artísticos. Estaba seguro que aquella figurita antropomorfa interesaría también a Mr. Wilmarth y a Mr. Hee Hoo, pero sobre todo a Mr. Alhazred, poeta árabe de aspecto extraño y misterioso.

V

De Luxor volé directamente a El Cairo, mi destino era el bazar Khan el Khalili. Allí mis fuentes me informaron que, al parecer, un antiguo miembro de una organización llamada Martell había huído de El Cairo portando el valioso objeto que días antes había sido sustraído del Museo de El Cairo. Mi misión era la de localizarlo y conseguir su vuelta al Museo. Me enviaron una fotografía Del fugitivo, Joseph Curwen, y algunos datos personales entre los que destacaba el hecho de que le gustaban los restaurantes italianos, las prostitutas de lujo y el flamenco.

Mi siguiente destino, Innsmouth. Fue por Curwen por lo que me vi obligada a soportar

más zapateados, más "olés" mas quejíos y más "mi arma" de los que espero tener que sufrir en todo el resto de mi vida, ya que solía hacer la ronda por la mayor parte de los espectáculos folklóricos de la ciudad. Y de esta forma descubrí como cada viernes solía acudir al mismo tablao, me desconcertó comprobar que uno de los ladrones mas temidos por los más prestigiosos museos del mundo ofreciera el aspecto más inofensivo, afable y casi podría asegurar que candoroso, que quepa imaginar. Pensé en ponerme en contacto con mi buen amigo Iranon...

Vb

¡Brizz ... Brizz ... Brizz ...! (Sonido de un teléfono repiqueteando)

- ¿Diga? [...] ¡Hola. Lady! [...] ¿Cómo dices? [...] Habla mas despacio..., no te entiendo. [...] ¡Cálmate! [...] Empieza desde el principio [...] ¿Qué si no he visto tus mensajes? [...] ¡Pues no! [...] Déjame ver...mi correo... luego te llamaré, no te pongas nerviosa, enseguida vuelvo.

Para mí todo empezó con esa alocada de Margaret, a la que cariñosamente siempre llamo Lady, la cual estaba tras la llamada repiqueteante e insistente de teléfono que invadía el mudo despacho de mi Agencia de Investigación.

Había pasado un largo fin de semana en la Costa de los Mosquitos acompañando a una desconsolada clienta, que se había quedado viuda tras un rocambolesco asunto de egipcios y franceses mal encarados y liados en una guerra de sectas o algo parecido. ¡Un mal asunto!

El correo... Hotmail... password...

¡Dios mío! Totalmente lleno... Lady... Lady... Lady... Lavinia.... está visto que me persiguen las mujeres "L" ¡Veamos!

VI

Sé bien que antes o después dará conmigo la pérfida Anguila de la Albufera, tan sutil en sus pesquisas como malvada en sus elucubraciones; pero le haré sudar de lo lindo antes de ofrecer mi cuello a la voracidad insaciable de su profesionalidad obstinada. Ya adivino la maquinación que debe estar tramando con su fiel amigo Iranon, mas este viejo loco no piensa darles ninguna facilidad. Es notorio que mi vida transcurre por los lúgubres sótanos que limitan con el tránsito de esta vida; así que no será difícil eludirles por entre los arrayanes y los surtidores de los alcázares o deambulando por la alcaicería, entre los mercaderes del arrabal.

Adivino al Dr. Armitage retorciéndose de impotencia por no poder descifrar el misterio del faraónico sapo verdoso que le regalara Curwen, y confío en que las malas artes de Don Gonzalo, el Barón, estén lejos de entender la maligna inocencia de tal obsequio. Nada ocurre por azar. ¡Cómo no van a sentir interés Mr. Wilmarth y Mr. Hee Hoo, ya lo creo! Pero nadie con más devoción que yo en que esa valiosísima pieza llegue incólume a mis manos.

VII

Aquí paso a narrar, bajo forma de diario, mi implicación en este asunto, que aunque no presagia nada bueno, no puedo por más que intervenir.

Por razones de seguridad y para la paz de mi espíritu, yo prefiero no revelar mi verdadera identidad, tampoco voy a proporcionar ningún dato que pudiera llevar a mi identificación. Por tales razones me autodenominaré He-Who-Must-Not-Be-Named, o Hee Hoo para mayor comodidad.

Así que con esto todo queda dicho: No quiero que se mencione mi verdadero nombre.

Todo comenzó aquella noche cuando volví a mi residencia en las afueras de Brattleboro. En mi casilla de correo me esperaba un sobre enviado desde Innsmouth, por medio de un servicio de correo rápido. La carta provenía de mi viejo amigo Joseph Curwen y en la misma me hablaba con excitación de un amuleto que había traído de Egipto. Adjunto a la misiva hallé un foto del mismo. Aunque jamás vi nada igual, el objeto me evocó inmediatamente viejas cosas que hoy se han perdido por que nadie las recuerda. Decidí entonces contactar con Lavinia Whateley, cuyas competencias en materias ocultas nos serían sin duda de gran utilidad.

VIII

Estando ensimismada consultando unos manuales de Biología Molecular en la Biblioteca de la Facultad de Ciencias Biológicas, noté una vibración procedente del bolsillo derecho trasero de mi jeans. Era mi teléfono móvil que me apresuré a coger mientras me dirigía a los aseos con la finalidad de poder hablar sin molestar a la gente que leía con total concentración. Me dí cuenta que en la pantalla del móvil aparecía el nombre de He-Who, un conocido colaborador para el que yo había estando trabajando hacía cierto tiempo. Ya dentro del servicio y aprovechando que no había nadie por allí, descolgué el móvil y tras un saludo breve Hee Hoo comenzó a contarme una historia que desde el principio comenzó a interesarme. Había recibido una fotografía enviada por un amigo suyo, un tal Joseph Curwen, al que en una ocasión me había presentado en una cena que celebró He en su apartamento con motivo de su cumpleaños. Me insistió en que se trataba de un asunto interesante a todos los niveles y me pedía mi colaboración como experta en materias ocultas. La verdad es que los asuntos de ambos caballeros no solían ser muy claros, pero aún así, accedí a ponerme en contacto con He-Who, no sin antes llamar al Professor Henry Armitage, antiguo profesor mío durante mis años de estudiante en Innsmouth.

IX

La llamada de la Srta. Whateley me dejó un poco perplejo. Su voz se dejaba sentir tan cálida como siempre. Me inspiraba una cierta serenidad y, sobre todo, confianza. Sin embargo, noté en sus palabras una calma tensa que presagiaba unos acontecimientos muy tormentosos. Nunca pude imaginarme que el regalo de Joseph hubiera podido arrastrar toda esa cadena de sucesos inexplicables.

En mi despacho me sentía a salvo. La noche oscura tapiaba el ventanal que daba al campus desierto y el humo perfumado de mi pipa cubría las luces indirectas sobre mi escritorio. De pronto, escuché un ruido tras la puerta y ví que una sombra acuchillaba la luz que entraba por debajo de la madera y por el ojo de la cerradura. De pronto, apareció en el

suelo de parquet la mancha blanca de un sobre, que me apresuré a recoger. Dentro había dos pequeñas láminas, una de estaño y otra de cobre, sobre las que había grabados unos caracteres moriscos y otros que no podía identificar. También había una pequeña nota en la que, con una letra como patas de araña, se podía leer: "Os serán de utilidad, si conseguís romper los sellos". De todo esto lo más sorprendente era quien firmaba la nota, dos iniciales ambiguas, que no estaban escritas horizontalmente, una L y una segunda letra girada que podría corresponder a una M o a una W, según como se mirase.

X

Desde que Armitage y yo nos despedimos, una serie de extraños acontecimientos comenzaron a ocurrir. Tras enviar una fotografía de la estatuilla a mi amigo Hee Hoo, pensé refugiarme en una casa que poseo en una pequeña población montañosa al norte de Innsmouth. Una noche, estando leyendo uno de mis libros de Ciencias Humanas, escuché unos ruidos en la planta inmediatamente superior a la que yo me encontraba, ruidos que no me parecieron de ningún animal. Al disponerme a subir el tramo de escaleras que me llevaría hasta la planta segunda, los ruidos, ahora en la entarda, se hicieron más intensos y escuché que se cerraba de un golpe la puerta de acceso a la calle principal. Bajé raudo las escaleras, abrí la puerta pero ya no ví a nadie, sólo un gato con ojos de intenso brillo me observaba desde una ventana de la casa que enfrenta con la mía. Cerré la puerta y al disponerme a subir la escalera tropecé con algo, algo diminuto que me agaché a recoger y que parecía un pequeña medalla, como una adorno femenino con una cadena. Una vez en la sala de lectura observé bajo la lámpara de pie, que se trataba de una gargantilla con cadena de oro y una placa redondeada también de oro con un pequeño símbolo que en un principio no ví bien. Cogí una lupa del cajón del mueble escritorio y con la ayuda de esta, pude observar que se trataba de una figura antropomorfa con cuerpo masculino y cabeza de rana con corona real.

XI

A través de la ventana de mi habitación veo caer la tarde sobre Innsmouth, quedan varias horas para cumplir mi misión, debo recuperar la reliquia de Al-Cuhuir, conocido también como Naihotep entre los beduinos del desierto con los que me crié, que el impuro de Alí vendió a aquel extraño llamado Joseph Curwen, ¿como se atrevió a semejante sacrilegio a los servidores de Al-Cuhuir?

Tras media hora de automóvil, llego al pueblo donde se ha escondido Curwen, sin mayores dificultades llego al edificio, entonces ocurre lo imposible, alguien se me ha adelantado, le observo mientras en silencio desliza un sobre bajo la puerta, espero con los músculos en tensión a que se aleje hacia la escalera, entonces salto sobre él cuchillo en mano y de un profundo tajo en la yugular acabo con la vida de aquel que sin duda ayuda al entrometido extranjero, lo escondo en una puerta de servicio y huyo al comprobar que seguramente mi objetivo me ha oído, solo más tarde descubro que en el forcejeo he perdido mi medallón que me identifica con mis hermanos en la defensa de Naihotep Al-Cuhuir

XII

Cuando entré en el despacho del Dr. Armitage, éste se encontraba algo confuso leyendo una carta, que al parecer acababa de recibir. En el momento en el que la carta se deslizó por debajo de la puerta, yo me encontraba aparcando el coche el cual, por un motivo que aún desconozco, se negaba a arrancar. Así que lo dejé frente a la puerta del garaje y me encaminé hacia el despacho.

Henry me tendió el sobre y desdoblé la carta que contenía en su interior. Le miré al tiempo que una frase resonaba en mi cabeza "Os serán de utilidad si conseguís romper los sellos". No estaba seguro de lo que quería decir aquella frase, pero creía tener una leve idea sobre ello. Henry, que me conocía muy bien me preguntó al ver la expresión de mi rostro.

- ¿Qué puede significar todo esto, Albert?

- No estoy seguro pero... déjeme el amuleto. ¿Se da cuenta? Alguno de los símbolos o escrituras que aquí vemos coinciden. Puede que esto que tenemos en nuestras manos sean los sellos que necesitamos romper...

XIII

Diario de Hee Hoo día XX/XX/XXXX

Luego de haber contactado con mi vieja amiga Lavinia, me sentí más aliviado y aquella noche pude dormir más o menos bien. Siempre he admirado en ella ese aplomo y ese carácter flemático, que muestra ella en las peores situaciones.

Al día siguiente tomé un tren hacia un pueblito de la campiña, donde vive el Sr. Marchand, un gran amigo mío de unos cincuenta años y que, por encima de todo, es un gran egiptólogo. Aunque es un egiptólogo amateur, sus conocimientos son dignos del de un doctor de cualquier gran universidad.

Luego del copioso almuerzo que me ofreció, le mostré la foto del amuleto que el Sr. Curwen me había hecho llegar y, tras estudiarla minuciosamente la apoyó sobre la mesa y se quedó unos minutos en silencio, pensando.

Por fin exclamó: ¡Ah! ¡ya sé dónde he visto ese amuleto! Luego me condujo a la buhardilla de su casa donde tenía su estudio. Mientras subimos la escalera me dijo: "Tengo un documento que te va a interesar. Es la copia de un original..."

Una vez en su gabinete, se dirigió hacia unas estanterías llenas de libros y papeles. Después de mucho buscar, vino a mí con un viejo pergamino cubierto de inscripciones jeroglíficas y algunas ilustraciones. Entre éstas estaba la réplica exacta del amuleto de Curwen.

XIV

Aún de noche, pero ya a punto de amanecer, tras pasar una horrenda noche de insomnio, cogí el medallón que había encontrado hacía unas horas y me dispuse a salir de mi casa en la montaña al norte de Innsmouth. Pero al entrar al garaje, me encontré con lo último que esperaba, un cadáver de un hombre degollado sobre una mancha de sangre que se extendía bajo la rueda de mi vehículo. Tras unos momentos de obnubilación y un breve tiempo de reflexión, pensé que si daba parte a la policía las investigaciones e interrogatorios iban a ser

continuos. Yo sabía de antemano que se me estaba investigando desde tiempo atrás, habían intentado detectar desde mis conexiones a Internet hasta mis amistades más cercanas, para entresacar extrañas conclusiones y particulares elucubraciones persecutorias. Así que comencé a excavar un agujero en el mismo garaje que, a modo de tumba, aguardase en su interior el cadáver brutalmente degollado. Estuve largo tiempo excavando sin aliento, solamente alumbrado por una lámpara de camping-gas y los primeros y húmedos albores matutinos. Algo muy grave estaba pasando, lo presentía, lo sabía, lo intuía. Tras concluir el inesperado enterramiento y limpiar la sangre derramada, me dispuse a salir rápidamente de allí, no sin antes comprobar que en el bolsillo de mi chaqueta estaba guardado el extraño medallón con la no más extraña figura de la rana coronada.

XV

Mi amigo M. Marchand me tendió el pergamino y luego, dirigiéndose a su escritorio me dijo que debía tener en alguna parte la traducción que del mismo había hecho.

- ¡Ah! ¡aquí están! - dijo trayendo en sus manos su ejemplar del diccionario de traducción de jeroglíficos del gran Champollion. Del pesado volumen sobresalían unas cuantas hojas amarillentas escritas con su propia escritura. Sin perder tiempo me senté en un rincón y me puse a leerla. He fotocopiado su valiosa traducción y he aquí lo que decía:

Relato de Meneptah, capitán bajo las órdenes del general Horemheb, comandante general de los ejércitos de Egipto, en el segundo año del reino de Toutankhamon:

Han pasado doce años ya desde que el faraón Akhenaton - maldita sea su memoria por los siglos de los siglos - ha muerto y con él, su hereje doctrina del dios único, Atón, el disco solar.

Su ciudad de Akhet-Aton ha sido demolida hasta que no quede piedra sobre piedra. Poco a poco la hierba mala y las alimañas del desierto han hecho de sus miserables ruinas su morada. Órdenes fueron dadas de que nadie ponga los pies en la maldita ciudad fantasma y nadie lo hizo desde entonces.

Por lo menos, es lo que se creía hasta no hace mucho...

XVI

Camuflado en la oscuridad espero a que se tranquilice todo, cuando el sol empieza a salir, veo salir del garaje del edificio un coche, al volante va el señor Curwen, el vehículo se aleja calle abajo a toda velocidad, no desaprovecho esta oportunidad y amparado en el silencio vuelvo al apartamento, con una ganzúa abro la puerta y penetro seguro de que nadie me molestará, lo poco que se ve de la habitación aparece pulcramente ordenado, guiándome por los hilillos de la luz del amanecer, que penetra por las persianas, llego a una mesa de escritorio con una lámpara que enciendo. Rebusco en los cajones, abro armarios, miro bajo la cama, nada, ¡maldición! Cuando me voy a ir, reparo en algo que no había visto, debajo del teléfono encuentro una agenda de teléfonos, nada mas abrirla encuentro un numero y un escrito debajo:

"654709831 - Don Gonzalo - cita con don Gonzalo en el campus universitario para hablar de Al-Cuhuir 12:30".

Es mas de lo que esperaba encontrar y tras unos minutos de llamadas para localizar el

despacho de Don Gonzalo, salgo como entré y abandono el pueblo con destino a la universidad de Miskatonic.

XVII

Un par de horas más tarde tras dejar las láminas en el umbral de la casa de Mr. Armitage, el siempre dispuesto J. Curwen, al que las destructivas jaranas nocturnas no parecían afectar en lo más mínimo a su agitada actividad diurna como si en verdad se tratara de dos seres humanos diferentes, acudió al salón principal del enorme hotel Sidi y cual fue mi sorpresa cuando reconocí al personaje que lo estaba esperando: Mr. Abdul, conocido poeta de éxito y coleccionista de valiosas obras de arte egipcio, llevaba años tras él y por fin ante mí estaban los dos. Una oportunidad única ¡y mi fiel compañero Iranon sin aparecer! Los dos subieron a una habitación y me quede sentada en el salón con la mirada perdida mientras mis labios fueron pronunciando inconscientemente unas palabras "los sellos". Recordé al Doctor Armitage y pensé si ya habría descubierto mi pequeño enigma y si de esta forma me conduciría hacia "El Dibujante". Sabía que le atraerían aquellas láminas, él sin duda era la cabeza pensante de la organización y con mucha paciencia y constancia estaba consiguiendo desentrañar el impresionante volumen de inversiones que movía, los nombres de los funcionarios que corrompía, los números de las cuentas secretas con las que trabajaba e incluso la identidad de la mayor parte de sus misteriosos inversores.

XVIII

Detuve el automóvil frente a la puerta de la Universidad de Miskatonic.

Ni falta hizo que mirara para arriba y ver la ventana iluminada, Armitage debía estar ya en el Departamento de Lenguas Semíticas.

Tomé mi maletín de mano, en donde llevaba algunas notas y fotografías antiguas del amuleto que ahora, por esas inexplicables vueltas del destino, estaba en manos del bibliotecario miskatónico. No era la primera vez que veía el objeto, ya lo conocía de mis años mozos, cuando apenas me iniciaba en estas lides arqueológicas.

Y pensé que no volvería a verlo desde aquella vez, que prefiero olvidar. Demasiado horror. El maligno ser que estaba allí representado, seguramente, se haría presente de nuevo a reclamar lo suyo, si no estábamos preparados y alertas. El nombre resonó con el poder del rayo en mi cabeza...

Nyarlathotep, el caos reptante venido de Egipto

XIX

Volví a ponerme en contacto con He, una vez hablé del tema con el profesor Henry Armitage, persona de mi total confianza. En estas cosas no hay que fiarse de cualquiera. Mi experiencia en estos asuntos, me decía que hay que actuar con mucho cuidadito pues es fácil perder la vida en el trabajo, y yo no estaba dispuesta a llegar a ese extremo. Había aceptado por mi amistad con He y porque me gustan los líos de vez en cuando. He me convenció que lo mejor sería que viajara a Brattleboro para llevar el tema de manera más directa y menos peligrosa. Hice mi maleta en un momentito y hablé con una compañera de

trabajo que me debía favores para que me sustituyera durante unos días. Sabía la amistad que tenían He y Joseph Curwen por lo que no me extrañaba nada que este también se dejara caer por allí. Así que no tuve mas remedio que meter en la maleta alguna ropa elegante, pues a este señor le gusta alternar de lo lindo y en su agenda no caben las hamburgueserías. Antes de salir intenté ponerme en contacto un montón de veces con Iranon, un antiguo compañero de estudios que vivía en el Yermo Frío. Debía estar muy ocupado porque nunca me había fallado y eso que siempre se reía de que yo estaba ultraocupada. Una pena ya que sus conocimientos serían de gran ayuda para esta historia en que me había metido.

XX

Mientras conducía hacia Innsmouth ciudad, recibí una llamada de Mr. Abdul Alhazred como respuesta a un mensaje que le había enviado. A este gran poeta y coleccionista de renombre, le había conocido en Sarkomand durante una Feria de Abril. Yo estaba con unos amigos, en el famoso Tablao "El Pulpo Flamenco". En una mesa cercana a la mía estaba sentado Mr. Alhazred, al que reconocí enseguida puesto que lo había visto muchas veces fotografiado en la revista de arte "Nefertiti & Co." Le saludé amablemente y me firmó un autógrafo. A partir de ahí coincidimos en algunas exposiciones e hicimos cierta amistad. Ahora necesitaba su colaboración como experto en arqueología para que me dijese algo de ese medallón con la figura de esa rana coronada. Debía ayudarme, yo le había montado un par de exposiciones que le resultaron muy satisfactorias a todos los niveles. Quedamos en la recepción del Hotel Sidi en la costa de Innsmouth y allí estaba puntual. Subimos a la suite que yo había reservado para hablar sin molestias ni interrupciones. Al subir al ascensor me pareció reconocer a Lady Margaret, sentada en un sofá con una revista de Economía entre las manos. Era una investigadora privada que hacía dos años me presentaron durante una representación de La Traviata en La Ópera de París. Seguro que me estaba siguiendo, lo presentía. Y yo tenía mucho que ocultar.

XXI

Diario de Hee Hoo: Continúa el relato de Menehptah

Apenas ascendido al poder Akhenatón suprimió nuestro culto secular y renegó de nuestros dioses para suplantarlos por su dios. A su muerte los sacerdotes del culto verdadero tomaron las cosas en sus manos, restablecieron a nuestros dioses, prohibieron el culto de Atón y emprendieron sangrientas represalias contra sus adeptos. La ciudad de Akhenaton fue demolida y abandonada. Su sitio fue maldecido y nadie volvió a habitar en ella.

Pero he aquí que hace unos años los barqueros del Nilo comenzaron a hacer correr la voz según la cual habían visto luces cuando pasaban de noche por el sitio de la ciudad fantasma. El rumor comenzó a correr en los alrededores de Akhet-Aton que en las ruinas se habían instalado extraños individuos depositarios de un culto maléfico. Los campesinos que vivían a varios kilómetros de la ciudad maldita comenzaron a tener miedo y pronto denunciaron desapariciones de mujeres y de niños. Las cosas empeoraron, los barqueros comenzaron a oír gritos y extraños sonidos al pasar por allí y las desapariciones se multiplicaron. Entonces el general Horemheb me dió orden de reunir mis unidades e ir a investigar que es lo que ocurría allí y establecer el orden

XXII

Entre las tinieblas de mi despacho espero escuchar las botas pesadas como el plomo de Don Gonzalo, pero el silencio se rompe y hace añicos con un taconeo sospechoso, seguido de unos pasos almohadillados. Oigo el ulular del viento, el gorgoteo de la lluvia y el cascabeleo de una cadena. Apago la luz y me agazapo entre dos estantes de libros antiguos. Con una mano recojo mi maletín y con la otra acciono un mecanismo, que abre una portezuela secreta, que conduce a una chirriante escalera por donde pongo pies en polvorosa. Siento que algo siniestro me pisa los talones. Busco el móvil y llamo a Dogon y una voz metálica me contesta:

- ¡Imbecil, Warren ya está MUERTO!

Suspiro con alivio, pues es la clave que utilizamos Dogon y yo para reconocernos. Y, efectivamente, oigo la voz cadenciosa del buen sarnathiano que me dice que está en mi despacho, que le extrañó ver la puerta de par en par y que había un bulto oscuro en un rincón.

De pronto se me aceleró la respiración, porque empecé a sentir sonidos extraños y un gorgoteo de agua, que parecía confundirse con la lluvia azotando los cristales de la ventana. Luego, sin más, el silencio de la comunicación cortada abruptamente pareció acuchillarme la oreja de un tajo.

XXIII

Final del Relato de Menehptah.

A medida que nos acercábamos a Akhet-Aton las poblaciones venían a nosotros presas de una histeria colectiva. Por lo poco que pudimos apreciar por sus confusos relatos, lo que allí estaba sucediendo era realmente abominable y no había más tiempo que perder, así que lanzamos nuestros carros a toda velocidad y al crepúsculo llegamos a las citadas ruinas. Un espectáculo abominable nos aguardaba allí.

Aquellas ruinas estaban pobladas ahora por toda clase de individuos marginales que adoraban divinidades impías y más abominables que el propio Seth. Irrumpimos en una de sus ceremonias, en las cuales estaban sacrificando víctimas humanas de la manera más intolerable que puede haber. Dicho espectáculo me llenó de ira e inmediatamente di la orden de atacar. Azuzamos también nuestros perros de combate que, por una razón que no comprendimos, se abalanzaron directamente a los viejos sótanos de la ciudad. De los sectarios no dejamos ni uno vivo y, luego de liberar a los cautivos fuimos hacia los sótanos donde algo peor nos aguardaba. Los perros gruñían con furor ante los cadáveres de horrendas criaturas con rostro bactraciano que los mismos perros habían descurtizado. Entre los trofeos que recogimos hallamos un extraño amuleto.

XXIV

Mientras desayuno en una cafetería cercana a la universidad, abro el sobre que dejó el individuo que eliminé anoche, el furor pulsa con fuerza en mis venas cuando reconozco el disco solar de Aton, ¡malditos sean sus seguidores!, se trata del centro de ciencias solares en Arkham que ofrece su ayuda para descifrar el enigma de Al-Cuhuir.

Furioso tiro la carta a la papelera y me dirijo al despacho de Don Gonzalo, ágilmente

me introduzco en él, me encuentro al profesor hablando por teléfono, acercándome sin que me vea le echo el brazo derecho al cuello, con la mano libre cojo de mi bolsillo una hipodérmica con extracto de veneno de cobra negra paralizante y se la inyecto, el efecto no tarda en aparecer y el cuerpo de aquel hombre se relaja profundamente.

Aprovecho el tiempo y registro meticulosamente la estancia sin resultado ninguno, me empiezo a hartar de mi mala suerte, me encuentro un libro de notas donde aparece manuscrita una entrevista con un tal Dr. Armitage, hablo a Don Gonzalo inconsciente

- Esta bien, profesor, veremos lo que pasa si le secuestro. Espero por su bien que su amigo lo sea de verdad y me dé lo que busco.

Cargándome al hombro el cuerpo llevo al señor Gonzalo a mi coche hacia mi escondite.

XXV

Así terminaba Menehtah su relato. Comentaba luego que el amuleto había sido inmediatamente recuperado por el sacerdote principal del Templo de Amón y que nunca más volvió a saber nada de él. Meditaba yo lo que acababa de leer cuando mi teléfono celular comenzó a sonar.

Miré el número que figuraba en la pantalla y constaté con alegría que era Lavinia Whateley. Respondí y antes que pudiese decirme hola le dije:

- ¡No vas a creer lo que tengo ante mis ojos! ¡Un documento del siglo XIV antes de Cristo, donde hace ya mención del amuleto!

Le conté en breve lo que había averiguado y luego de una animada y sobreexcitada conversación convenimos que lo mejor sería que viniera a verme a Brattleboro junto a nuestro amigo común, el señor Curwen.

Por motivos de seguridad le recomendé que viajen en tren, porque no necesitaban dar su identidad para comprar los billetes y que bajasen una estación antes de llegar a Brattleboro, donde iría a buscarlos en mi coche.

XXVI

Antes de que entrara en el ascensor, me dió la impresión de que Curwen cruzaba su mirada con la mía, ¿no puede haberme reconocido, eso espero! Volví al Olimpia, el hotel donde me alojaba, quería reordenar los datos y centrarme hasta que diese con Iranon, pero todo se truncó ya que en el momento de pedir la llave de mi habitación, el conserje se inclinó hacia adelante para musitar con voz de manifiesta complicidad:

- Alguien la anda buscando y tiene aspecto de ser mala gente, señorita.

-¿Dónde está?

- Lo acomodé en la ciento veinticuatro, pero ha salido. Me ha dado doscientos euros para que le avise cuando llegue.

- ¡Gracias! (le alargué trescientos euros). Esto para usted. Pida que me preparen la cuenta y cuando vuelva ese señor le dice que he abandonado la ciudad.

Me encaminé a la habitación ciento veinticuatro, entre las muchas cosas que había aprendido con Iranon una de ellas era la forma de abrir una cerradura. El tipo se llamaba

Kryshul D'Naihotep, así rezaba al menos su carnet de conducir que reposaba en la mesilla de noche. En el fondo de la maleta ocultaba un revólver calibre treinta y ocho, el arma preferida de los agentes de la CIA y los sicarios colombianos, ya que acostumbran a disparar desde el interior del bolsillo sin que se enganche en la tela. Me la llevé, del mismo modo que su carnet de conducir y las llaves de su coche.

XXVIb

Bueno... Lady, le quitaste la pistola ¿y qué?, También las llaves del coche y su permiso de conducir... ¡Tienes un peligro! ... ¿Quién dices que te dijo que le siguieras? Armitage... profesor de Miskatonic... ¡uff!...Tenía que aparecer por algún sitio.

¿Sabes algo de Una Rara Coronada o algo así?

Collar... suelo... palas... huidas... trenes... más pistolas... Brattleboro... Marchand...

¿Marchand?... ¿Qué sabes tú de ese tal Marchand? ... Muerto... ¡Si lo sabré yo!

¿Cómo?... es que conozco a alguien cercano a él... ¿Quééé... quién? ...¡su viuda!

La conocí en la costa Normanda... estaba desolada...desesperada...¿Cómo?... ¡Claro!... La estuve consolando y le presté mi hombro... Ya te contaré, si es que tienes interés. Bueno, tú sigue con tus pesquisas que yo seguiré por mi camino... mantenme informado... que yo are lo mismo.

Armitage... Brattleboro... Marchand... ¡¡Lavinia y Hee-Hoo!! ...Tengo que localizarlos cuanto antes.

Brizz... Brizz... Brizz... ¿Sí?... Sí, soy Iranon... ¿Mi prima?... ¿Quién es Ud?... ¿Le conozco de algo?... ¿Mi prima?... ¿Su novia?... ¿Qué sellos?... ¿Cómo dice?... No le entiendo... ¿Qué, que me será de utilidad?... ¿Qué sellos?... Manuscrito Bermellón... ¡No le entiendo nada... hable mas despacio... no me aclaro... ¡oiga... oiga!... píiiiiiiiiii...

XXVII

Aunque tenía una cita con Don Gonzalo prevista, decidí anularla, pues en vista de los acontecimientos ocurridos lo mejor era alejarme por unos días de los alrededores de la Universidad de Miskatonic. Lo último que hice antes de marcharme fue acudir a la cita con Mr. Alhazred para mostrarle el medallón de la rana coronada. Mr. Alhazred intentó persuadirme para que se lo dejase con el objetivo de analizarlo más concienzudamente pero yo me negué, estaba seguro que ese medallón ocultaba grandes enigmas. Además la presencia de Lady Margaret tras su revista me intranquilizó, y me llevó a decidir mi partida. Al verla supe que se me estaba investigando de cerca. Lady Margaret era la cabeza visible de un grupo de investigadores que estaban repartidos por varios países del mundo. Desgraciadamente mi entrevista con Mr. Alhazred no había resultado tan fructífera como hubiese querido, así que le invité a cenar en el mismo Hotel y tras ver el espectáculo de Music Hall "The Dunwich Horror Show" me despedí y me marché a casa a reflexionar sobre el tema y dormir un rato. A la mañana siguiente me levanté temprano, después de arreglarme, y al coger el teléfono móvil para llamar a un taxi que me llevase a la estación de trenes, aparecía un mensaje de texto, lo abrí y quedé paralizado tras leerlo: "Mr. Marchand está muerto, tenga usted cuidado, podría ser el próximo."

XXVIII

Desde mi escondite, situado en las ruinas de una vieja mansión en la costa de Innsmouth, observo el cuerpo inconsciente tumbado en la cama donde le coloqué, cuando llegué hace un par de horas, usando el móvil dejo un mensaje en el buzón de voz del Dr. Armitage:

- Señor Armitage, soy Kryshul D'Naihotep servidor de Al-Cuhuir , ambos tenemos algo que le interesa al otro, no se haga el tonto sabe a que me refiero, pues bien le propongo un trato razonable, su amigo Don Gonzalo por la reliquia de Al-Cuhuir. Es muy sencillo, si quiere volver a verlo con vida, le espero en la mansión Richmond, siguiendo la carretera de la costa al este de Innsmouth. Nada de policía, no respondo de la vida de su amigo si veo algún coche o sospecho que no viene solo, ¿está claro?

Cogiendo el autobús de la comarca me dirijo al hotel Olimpia donde me hospedo, pregunto al conserje sobre Lady Margaret y me dice que salió de la ciudad, algo me sale bien por fin, descubro que me equivoque cuando ya dentro de la habitación, al sentarme en mi gabinete descubro que no están donde los deje ni mi carnet de conducir ni mis llaves del coche, en un impulso palpo bajo la mesa tampoco esta allí mi pistola, ¡Maldita detective de pacotilla!, ¿solo sabes hacer esto? Mirando al espejo mi cara se distorsiona y de la parte superior de mi cráneo surgen unos tentáculos que se agitan, mis ojos se convierten en los de un batracio y mi cuerpo cambia, gritando de forma inhumana - ¡Kriiii nakkk Ngrrrrr! - destrozo el mueble a zarpazos y salgo de allí envuelto en bruma.

XXIX

Aquella noche dormí en casa del señor Marchand y también permanecí allí la mayor parte del día siguiente.

Ya caída la tarde, tomé mi coche y me dispuse a volver a Brattleboro.

Veinte minutos después ya había entrado en la autopista y entonces mi móvil comenzó a sonar. Decidí no responder por motivos de seguridad - en una autopista a 130 Kms por hora sería casi suicidarse y por otro lado, las autoridades nacionales se han vuelto ultra-estrictas en eso.

Dejé sonar unos segundos hasta que se cortó. Pero inmediatamente se puso a sonar de nuevo. Se volvió a cortar, se puso entonces a sonar una tercera y una cuarta vez que tampoco respondí. Pero ya a la cuarta oí la alarmita que indicaba que me habían dejado un mensaje.

Quien quiera que sea que haya llamado, debe tener algo importante que decirme para insistir tanto. Ese pensamiento me turbó sobremanera y me metí en la primera zona de reposo que hallé para consultar el mensaje.

Al consultar la lista de llamadas recibidas vi que había sido mi viejo amigo J. Curwen - ¡Que agradable sorpresa! - me dije. Puse luego el número del contestador y esperé.

XXX

- Ya la he dicho que no soy la persona que usted cree. No sé quién le ha podido dar mi teléfono....

- Yo no soy ese Dibujante. Yo nunca he usado ningún mote, ni siquiera esos nicks que

son tan habituales en Internet.

...

- Sí, he recibido un mail de una tal Margaret, ¿es usted?

...

- Pues, no la conozco y lo que me dice es chino para mí, si es que hasta en la imagen adjunta había letras y símbolos raros.

...

- Usted se ha equivocado, así que sobra que la dé una explicación por la sencilla razón de que no sé de qué me habla.

...

- ¿Quién la ha dado mi número de teléfono? Muy pocos lo conocen. No sé cómo ha podido localizarme y no sé quién le ha podido decir que salgo con la prima de Iranon.

...

- Todo esto no tiene sentido y no sé por qué estoy aquí dándole explicaciones

...

- ¡Ni hablar! Haga lo que quiera.

XXXI

Camino muy despacio, contando las losetas destrozadas, que me conducen a la Mansión Richmond: Parece abandonada. Hay montones de hojarasca por todos los lados y la mala hierba crece en el jardín descuidado. Golpeo la puerta de entrada con mis nudillos y siento dentro un eco a vacío, a morada deshabitada de cuerpos y almas. Las ventanas están tapadas con uralitas oxidadas e incluso una puerta trasera, dos tablonces impiden la entrada. De pronto, me tropiezo con un reborde metálico entre unas ramas y, a ras del suelo, me encuentro con una especie de portezuela de madera carcomida, que abro con gran dificultad. Parece una especie de sótano, donde se suelen guardar los aperos de labranza. Bajo a tientas hasta que mis zapatos llegan a una superficie blanda y fangosa. Apenas puedo ver unos bultos informes, que no me atrevo a inspeccionar. Voy tanteando el terreno, tiendo mi brazo hasta la pared y mi mano se hunde en una masa pegajosa, elástica y gelatinosa. Parece un saco de dormir, desde el que conseguí oír un gemido. Metí la mano en la abertura del saco y pude reconocer con mis dedos una cabeza, una cara, una boca amordazada.

Horas más tarde, Gonzalo y yo temblábamos recordando nuestra extraña aventura...

XXXII

Tal y como me recomienda mi amigo Hee Hoo, decido viajar en tren nocturno hasta Brattleboro para evitar mayores incomodidades, aunque después de la amenaza telefónica he de reconocer que sentía cierto malestar y ya no me fiaba ni de mi propia sombra. En una ocasión ya había sido amenazado de agresiones físicas, por lo que estaba acostumbrado a estas cuestiones, pero esta vez el asunto era más grave si cabe. El trayecto transcurría perfectamente hasta que me pareció observar algunos movimientos extraños en una persona que se sentó cerca de mi asiento. Por supuesto llevaba a buen recaudo el extraño medallón con la rana coronada que me estaba causando más molestias que otra cosa. Sabía que esa rana con corona guardaba importantes enigmas y que intentarían arrancármela de mi poder. ¿Quién me mandaría a mí comprar aquella estatuilla dichosa en El Cairo? ¡Tan tranquilo que yo estaba! Ahora ya no había remedio, tenía que continuar salvando el pellejo y

mantenerme expectante. En la estación de Brattleboro me esperaba Hee Hoo con semblante triste puesto que su amigo Mr. Marchand había sido asesinado. Montamos en su coche y nos dirigimos a su apartamento. Me comentó que Lavinia Whateley llegaba al día siguiente con la intención de ayudarnos en esta historia. Me pidió que le mostrase el medallón, y al ver la figura de la rana coronada su tez palideció horriblemente.

XXXIII

Con una voz semi temblorosa, Joseph Curwen me había dejado un mensaje tipo telegrama: Recibí un texto - Marchand muerto - confírmame que vas bien.

Enseguida me puse en contacto con Curwen quien se mostró aliviado al oír mi voz y convenimos que, antes de dar el próximo paso, verificaríamos la veracidad del mensaje recibido. Colgué y llamé varias veces a casa de Marchand sin respuesta... sólo el contestador.

Entonces tomé el camino inverso y volví a su casa. Allí hallé la puerta semi abierta y entré.

No fui recibido por los ladridos de su inmenso perro mitad lobo mitad Hushky como solía ser, lo cual no presagiaba nada bueno. Hallé el cadáver de éste extendido en el vestíbulo con un trozo de carne que colgaba aún de su boca. Envenenado. Por el olor que la carne desprendía reconocí un poderoso veneno cuya fórmula pocas personas conocemos. Luego busqué al Sr Marchand por todas partes y lo hallé por fin en su gabinete de estudio degollado. Hallé también otros detalles no menos aterradores. Pude constatar que había sido agredido por más de uno y que se había defendido ferozmente antes que pudieran dar cuenta de él.

XXXIV

Sonó mi móvil y apareció la voz de mi colaborador He totalmente acalorada. Me pedía que acudiese lo antes posible, había descubierto el cadáver degollado de su viejo amigo Marchand. Algo horrible estaba pasando. Le dije que saldría hoy mismo en el primer avión, pero He me comentó que sería mejor que viajara en tren. Aunque no me gustan los trenes para los viajes largos logró convencerme y pregunté horarios de trenes. Había uno esta misma tarde, así que hice mi maleta lo más rápido que pude y partí a la Estación de mi ciudad. Llegaría junto a He a la mañana siguiente, así que tendría que pasar la noche en el tren. Llamé a He para que me recogiera en la Estación a las ocho y cuarto del día siguiente. Me comentó que Joseph Curwen había llegado ya y se alojaba en su apartamento porque se sentía perseguido. Yo también me alojaría allí, He tenía un apartamento muy espacioso y era mejor permanecer unidos teniendo en cuenta como estaba el patio. Mi viejo compañero Iranon seguía sin ponerse en contacto conmigo, seguro que estaría muy ocupado con sus cosas o igual estaba fuera de España. No sé. Saqué el billete y busqué mi asiento. Una pareja con un niño, una señora de avanzada edad, unos estudiantes japoneses y un señor con rasgos arabescos eran mis compañeros de viaje. Al menos no estaba sola, menos mal.

XXXV

A través de una ventana del piso de arriba, observo llegar al señor Armitage, como espe-

raba, se abstiene de llamar a la puerta y entra por el sótano. Es hora de actuar, envuelto en bruma descendo al sótano, allí encuentro a Henry Armitage soltando a Don Gonzalo y tratando de reanimarle, consiguiéndolo tras unos segundos. A la velocidad del rayo subo a la biblioteca y sentándome en un sillón vuelvo a ser humano, de paso convierto la lóbrega estancia en una acogedora biblioteca de estilo victoriano con un hechizo. Tranquilamente alzo la voz para llamar a mis invitados:

- ¡Profesor, señor Armitage!, suban por favor, estoy esperándoles - oigo como suben la escalera y les veo entrar un poco asustados, - bienvenidos, pónganse cómodos, ¿Quieren beber algo?... ya veo que no -, me sirvo un brandy y los observo detenidamente, - bien Henry, ¿puedo llamarle así verdad?, tiene algo que es mío y su amigo esta con usted, sea un caballero y cumpla su parte del trato, entrégueme por las buenas la reliquia de Al-Cuhuir y podrán irse en paz, no pretendo hacerles ningún daño. Estoy al tanto de que el profesor sabe cuanto interés tengo en conseguir esa reliquia que usted guarda, es vital para mi y mis antecesores recuperarla, no desearía tener que actuar de forma mas persuasiva, no dude en que no vacilaré ni un ápice si me obliga a quitarle a Al-Cuhuir por la fuerza, usted elige.

XXXVI

En la mano inerte de Marchand yacía su escramasax sajona del siglo VII DC, que utilizaba para abrir sus cartas y que le habían servido para rechazar a sus agresores.

A juzgar por el desorden y los trazos de sangre calculé que habría matado dos de ellos por lo menos, sus compañeros se habrían llevado los cadáveres. Ví que varios objetos de la colección de Marchand habían desaparecido, entre ellos el famoso pergamino.

De pronto percibí un olor repugnante e imposible de identificar que provenía de la sangre de los agresores. Comprendí entonces que los asesinos de M. Marchand no eran criaturas naturales. Lleno de pavor tomé la herrumbrada escramasax y comencé a bajar las escaleras.

Cuando llegué al vestíbulo escuché sonidos que venían del cercano sótano. Supuse que sería el asesino de M. Marchand y decidí sorprenderlo y ajustarle las cuentas. Pero luego me dí cuenta que eran más de uno y que se comunicaban entre ellos a traves de horribles sonidos guturales.

Mi valentía momentánea se desvaneció y huí de aquel lugar.

De regreso a mi apartamento me comuniqué con Lavinia y con Curwen para comentarles mi macabro descubrimiento.

Al día siguiente recogí en la estación a mi amigo Curwen, lo cual me trajo un cierto alivio a la tristeza que me procuraba el atroz asesinato de mi viejo amigo Marchand.

XXXVII

Ya en el apartamento de Hee Hoo, éste todavía conmocionado y muy asustado, me comentó con detalle lo que había visto en el domicilio de M. Marchand. Algo muy extraño estaba ocurriendo alrededor de todos los que de una u otra manera, sabíamos de la existencia de la estatuilla que yo mismo, ¡quién me mandaba a mí!, había adquirido en El

Cairo. Hee Hoo balbuceaba acaloradamente, extremadamente nervioso, con los ojos desorbitados y un gesto que expresaba entre desconcierto y pavor. Mientras hablaba, yo pensaba en el cadáver que había enterrado en el garaje de mi casa en la montaña y pensé que lo mejor sería hacer lo mismo con el de M. Marchand, es decir, deshacernos de él. No estaba seguro de que Hee Hoo pensara igual que yo, quizás me tocara a mí hacer de nuevo de enterrador, pero lo mejor sería proponérselo para evitar preguntas, interrogatorios y declaraciones. Al fin y al cabo Hee Hoo había estado allí y sus huellas estarían repartidas por muchos lugares de esa casa. No podíamos complicarnos más todavía. Al menos yo no podía. Cuando acabó de hablar, saqué de mi bolsillo el medallón de la rana coronada y lo puse delante de Hee Hoo.

- ¿Te suena de algo? Esta rana dichosa con corona la encontré en mi casa y no sé ni que simboliza ni a quien pertenece, pero sí que sé que su dueño la debe estar buscando... Hee Hoo, tenemos que deshacernos del cadáver de Marchand.

XXXVIII

No me deja Vd. muchas alternativas y me doy perfecta cuenta de que está dispuesto a todo por recuperar lo que Vd. llama "reliquia de Al-Cuhuir" [un crujido nos hace volver la cara hacia uno de los rincones de la biblioteca que se hallaba sumido en las tinieblas] Nunca hubiera podido imaginar que... [oímos unos pasos ligeros tras la puerta de roble macizo de la biblioteca] Lord Curwen [hice una pausa muy larga] me trajo esa figurilla de El Cairo para mi colección de antigüedades [Don Gonzalo tosió y dijo entre dientes "antiguallas"] No creo que sea una pieza auténtica [Percibí una sonrisa burlona], Vd. sabe que las falsificaciones están a la orden del día... Y también sabe que... [Empecé a alargar las palabras, a silbar un poco las eses y a llenar mi discurso de pausas] No sé exactamente lo que es Vd. [De repente nos sorprendió un relámpago que nos cegó por un momento], pero me consta que tiene poderes sobrehumanos [Sonó el estallido bronco de un trueno], pero ha cometido un error: [Se volvieron a oír ruidos al otro lado de la puerta] no solamente tengo la reliquia, ¿suya? [Algo empezó a cambiar en su cara] sino también su... éso sí que es suyo... su medallón [Sus ojos echaban chispas que parecían acompañar a la tormenta]... o ¿sería mejor decir su amuleto? La "rana coronada" que conserva su alma o como quiera llamar a su hálito vital [Seguían los ruidos tras la puerta, pero de pronto apareció detrás del sillón esgrimiendo el medallón Sir Joseph y la figura del sillón simplemente se evaporó]

XXXIX

Lo que me temía de hace unos días me fue confirmado por Joseph Curwen cuando me dio a conocer sus inquietudes. Desde la noche en que salí despavorido de lo de Marchand se me ocurrió que yo había sido el último en ver a Marchand en vida. Es más, el día previo a su asesinato había cruzado en su pueblito varios conocidos que me saludaron... para la policía sería yo el sospechoso número uno. Sobre todo que Mr Marchand me había designado como heredero de la mayor parte de sus reliquias... La idea de enterrarlo en su jardín tal como me lo propuso Curwen me causó cierta repugnancia pero por otro lado admití que no teníamos otra opción. No obstante el tiempo apremiaba y había que actuar rápidamente. Decidimos que al día siguiente, luego de haber recogido a Lavinia iríamos directo al pueblito de Marchand y ejecutaríamos lo que debíamos hacer. Su casa estaba en los linderos del pueblo así que decidí que estacionaríamos el auto a unos kilómetros de allí en un

bosquecillo que solo Marchand y yo conocíamos. De allí tomaríamos un sendero abierto por los ciervos y que llegaba hasta las cercanías del pueblo y no lejos de lo de Marchand. Entraríamos al atardecer por la puerta del jardín, que daba a una callejuela que nadie frecuentaba. En casa de Marchand encontraríamos los útiles necesarios para llevar a cabo la triste tarea.

XL

No dormí en toda la noche. La pareja que llevaba un niño dormía profundamente. Los oía respirar. A la señora la cabeza le tocaba las rodillas y roncaba como un gato. Los estudiantes japoneses reían entre dientes, no quiero pensar ni lo que hacían. Mejor así. No estaba yo para fiestas precisamente. El señor con rasgos arabescos leía un libro. Al menos daba esa impresión. Me daba cierto miedo, bueno más bien intranquilidad. Me sentía observada. No sé que hora sería cuando me dirigí al servicio. Lo hice por estirar un poco las piernas. Al salir el señor de rasgos arabescos estaba entrando al otro servicio, al de caballeros. Me pareció que iba a decirme algo pero salí disparada hacia mi asiento. Ya amanecía cuando llegué a Brattleboro. Enseguida ví a He haciéndome gestos con la mano. Sentí alivio. A su lado Joseph Curwen permanecía sentado en el coche de He. Nos saludamos los tres y subí al coche. Nada más arrancar He comenzó a contarme muy nervioso las últimas novedades. Me daba la impresión de que me estaba metiendo en un buen lío. Pero lo peor fue cuando oí la única frase que Curwen pronunció durante todo el camino. Había que enterrar a Marchand esa misma noche sin más demora en el jardín de su casa. He me miraba por el retrovisor. Yo no podía hablar. Pero Curwen volvió a repetir la frase.

XLI

De repente una esfera de energía me engulle, tirando de mí hacia el medallón, impotente me veo arrastrado hacia un agujero negro, la oscuridad más absoluta me rodea, por una vez en mi vida siento miedo de tan oprimido como me encuentro, rápidamente olvido mi temor al palpar una superficie lisa y fría, también descubro que con mis uñas puedo arañarla y destruirla, con mayor determinación y fuerza tras unos segundos, un gran chorro de etérea luz penetra en mi tenebrosa prisión, a la luz observo el resto de mi cuerpo, está invadido de materia oscura, arañándola me deshago de los restos que quedan.

Veo el lóbrego salón donde estaba hace un rato, pero mi visión es neblinosa, me siento aturdido por unos instantes, siento como si me hubieran quitado el control de mi cuerpo, una especie de burbuja de ectoplasma transparente me envuelve, enseguida me doy cuenta de lo que ocurre.

Quizá no debí subestimar los recursos de estos humanos, debo de reconocer que la maniobra de Armitage y su amigo Curwen me ha sorprendido, pero afortunadamente no han conseguido vencerme del todo, en su ignorancia Joseph se puso el medallón que contiene mi alma, ¡error, estúpido humano!, ahora cuando Joseph Curwen se duerma o esté inconsciente seré capaz de manejar su cuerpo como me plazca, esperaré camuflado escuchando, viendo, sintiendo todo lo que vea, oiga o sienta mi huésped. No es la libertad plena pero podría haber sido peor, doy gracias a mi señor Naihotep por su clemencia

XLII

Empapado de sudor despierto sobresaltado. He perdido la conexión onírica con mi Señor. Me vienen recuerdos en zigzag del pasado. Se amontonan los recuerdos de un pasado muy lejano. La lejanía de un extraño manuscrito escrito por mi ancestro primigenio: Dómine Ardomar de Sepharad. Una esfera de energía engulle a mi Señor y tira de él hacia el medallón. Tenía motivos para la aversión más absoluta. ¡Que la sangre de sus manos me sirvan de sacrificio! Algo batió la sangre de nuestras estirpes. Solamente yo conozco lo que significan los enigmas del "Manuscrito Bermellón". Lo han transmitido lenguas y plumas blasfemas como el infame Al-Cuhuir. ¡Padre Queztaixilt! Sueño que mi Señor está preso en el Medallón de la Décima Tercera

Advocación y que yo le voy a liberar de su encierro para rebanarle las muñecas y los tobillos.

Empapado de sudor despierto sobresaltado. No me acuerdo de nada. Me ha despertado el teléfono. Oigo la voz densa y profunda de una mujer. No entiendo nada de lo que me dice.

- ¿Quién la ha dado mi número de teléfono? Muy pocos lo conocen. No sé cómo ha podido localizarme y no sé quién le ha podido decir que salgo con la prima de Iranon.

...

- Todo esto no tiene sentido y no sé por qué estoy aquí dándole explicaciones

...

- ¡Ni hablar! Haga lo que quiera.

XLIII

Al día siguiente fuimos a recoger a Lavinia a la estación de Brattleboro. Me hubiera gustado poder ofrecerle una noche de reposo bien merecida, tras tan agotador viaje pero teníamos otros imperativos urgentes, tal y como me lo recordaba Joseph Curwen sin cesar. Miré a Lavinia por el retrovisor con una expresión que quería decir "perdón por este imprevisto" y tomamos la autorruta hacia Pertette-les-Oies. Llegamos al anochecer a casa de Marchand y finalmente optamos por enterrarlo a él y a su perro en el bosque que había detrás de su casa y no en el jardín. Tras terminar la funesta tarea, a eso de las tres de la madrugada, volvimos a su casa tomando las precauciones necesarias (con guantes de goma y con los pies envueltos en bolsas de nylon para no dejar huella alguna). Nos pusimos entonces a limpiar mis huellas digitales y mientras hacíamos esto en el gabinete, Lavinia notó un sobre en papel madera caído al costado del escritorio que los agresores no habían visto. Era un sobre que Marchand había preparado para enviarme el mismo día que me fui de su casa y contenía más documentos sobre el medallón y el culto al que se le asociaba. Decidimos que examinaríamos el contenido más tarde.

Antes del amanecer nos fuimos de allí, pero previamente tomé del armario donde Marchand guardaba la colección de armas de su padre tres pistolas que repartí entre nosotros tres.

- Es mejor que a partir de ahora estemos armados - les dije.

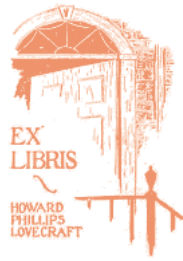
XLIV

Joseph Curwen a cuya alma me había fusionado, habló con Don Gonzalo y Henry Armitage un rato, escuchaba la conversación como si hablaran en voz baja:

- Fue una suerte que me avisaras, Henry, cualquiera sabe lo que habría ocurrido si ese ser del averno hubiera conseguido lo que se proponía, afortunadamente llegué a tiempo. Veo que Don Gonzalo se ha recuperado bastante como para salir de aquí, será mejor que no apesuremos, no me fio de que todo haya acabado, además esta casa me da mal fario. Será mejor que llevemos a Gonzalo a su casa, allí estará mas seguro, les acompañaré hasta allí y luego les dejaré, tengo una cita con Lavinia Whateley y Mr He. Supongo que les conoce, parece ser que un amigo del señor He llamado Marchand ha muerto en oscuras circunstancias y me da la impresión de que tiene que ver con el horror que acabamos de presenciar, ya le contaré con más tiempo.

Ayudando al profesor, los tres amigos salen del caserón y van a su casa, más tarde Curwen coge el autobús que le lleva a Brattleboro, allí se reúne con Hee Hoo y después con Lavinia para enterrar el cadáver de Marchand, cuando lo veo me asombro sonriéndome, ¡Excelente trabajo hermano Niath, ni yo lo habría hecho mejor!





Próximo título

Al Cuhuir (volumen dos) - Colectivo neologio